

CANTO CUARTO.

—o—

LA BATALLA.

VI

La noche horrenda que el monarca hispano  
En el antiguo alcázar se introdujo,  
Donde á saber misterios del arcano  
La fuerza de los astros le condujo,  
Fué la que á guerra al jefe mahometano  
Movi6 del gran Profeta el alto influjo;  
Y al mismo punto en que grit6 *á la guerra*,  
Aquel alcázar confundióse en tierra.

II

Y ¡ ay, cuánto luto, abatimiento y llanto  
Nació en Toledo el azaroso dia,  
Que vió deshecho su temido encanto,  
Pues que fugaz desapareció había !  
Pronto del jóven rey el ciego espanto  
Los terribles secretos que escondía,  
Descubrió, y pronto la lijera Fama  
Por el reino infelice los derrama.

III

Pesa el brazo de Dios irresistible  
Sobre el pueblo español : ya su terreno  
Gime y se agita con temblor horrible ;  
Ya le confunde pavoroso trueno ;  
Ya le turba un terror incomprensible ;  
Ya el aire escucha de clamores lleno ;  
Ya ve eclipsado el sol, ya opaca y muerta  
La luna mira, y de vapor cubierta.

IV

Por mustias vegas y marchitos prados  
Huyen de sombras leves y fugaces,  
Que ver no es dado al hombre los ganados,  
Con las fieras del monte haciendo paces.  
Cruzan de noche entre hórridos nublados  
Fantasmas blanquecinas, y en voraces  
Llamas, que los mortales no encendieran,  
Antiguas selvas con asombro ardieran.

V

Yace la plebe en vergonzoso miedo,  
Que á la infame nobleza se difunde,  
Y á los viles magnates de Toledo  
El porvenir oscuro los confunde ;  
Y como, do hay delitos, no hay denuedo,  
En desaliento mísero se hunde,  
Oh baldonosa suerte ! España toda :  
¡ Quién conociera así la estirpe goda !

## VI

Don Opas solo, ( ¡ oh fuerza incomprensible  
 Del espíritu atroz de la venganza !  
 ¡ Oh de negra traicion frialdad horrible,  
 Cuánto vuestro poder inicuo alcanza ! )  
 Don Opas solo, tanto y tan terrible  
 Presagio, lisonjero á su esperanza,  
 Con infernal placer mira y contempla,  
 Y para nuevos crímenes le templa.

## VII

Y tú, que por tu mal naciste hermosa,  
 Y por serlo, culpable ; ¡ ay cuál espanto  
 Pinta tu faz marchita y congojosa,  
 Implorando piedad del cielo santo !  
 Tu estancia de oro y mármol te es odiosa ;  
 Tu lecho potro de tormento y llanto,  
 Fuego horrible tu amor, tu vida muerte :  
 Oh Florinda infeliz ! oh amarga suerte !

## VIII

En vano cruzas con incierta huella,  
 Buscando algun consuelo, tus jardines,  
 Donde creciste candorosa y bella,  
 Envidia de azucenas y jazmines :  
 Do gozaste despues, por mala estrella,  
 El aura del deleite en los festi nes,  
 Y donde hora los zéfiros y flores  
 Te abruma y acrecientan tus dolores.

## IX

¡ Ay, que no son los apacibles días  
 En que con la virtud que respirabas,  
 Cuanto te circundaba, embellecías,  
 Y tus reflejos mismos disfrutabas !  
 Gozo del cielo en tu interior tenías,  
 Por eso en los verjeles lo encontrabas :  
 Huyó con tu virtud, y en vano vienes  
 En ellos á buscar lo que no tienes.

## X

Tansolo al corazon que está inocente,  
 Son de placer la matizada alfombra  
 Del campo, el murmurar de la corriente,  
 Del bosque ameno la tranquila sombra ;  
 Pero al que atroz remordimiento siente,  
 Y un espantoso porvenir le asombra,  
 No alcanza su dulcísima influencia ;  
 Que no hay placer do falta la inocencia.

## XI

¡ Miras llorando á la argentada luna ?  
 La misma es que te dió sus luces bellas  
 La noche aciaga, que falaz Fortuna  
 Te hizo perder de la virtud las huellas.  
 Ay ! juzgaste tu dicha cual ninguna,  
 Y que te la envidiaban las estrellas,  
 Algozar de tu amante las caricias....  
 ¡ Cuán caro es un momento de delicias !

## XII

¿Mas qué escuchaste que te aterra, ó triste?—  
 Un ruiñeñor que entre los ramos trina.  
 ¿Será aquel mismo que en la selva oíste,  
 Cediendo á la pasión que te domina?...  
 Cuando loca de amor te estremeciste,  
 Son celestial y música divina  
 En tu delirio pudo parecerte,  
 Lo que ahora son de infierno y voz de muerte.

## XIII

Y dó tu amante está?... dónde Rodrigo?  
 De ti se aleja?...tu presencia evita?  
 No es desamor, cual, por mayor castigo,  
 Tu mente á imaginar se precipita.  
 Es que la ira de Dios lleva consigo;  
 Está en su frente la venganza escrita;  
 Y por mas que en tu fuego se consuma,  
 Huye de ti, que tu beldad le abruma.

## XIV

No lo advertiste anoche?...En sueño hundido,  
 En negra sombra y en silencio mudo  
 Toledo estaba: de repente oído  
 Fué en el palacio un alarido agudo.  
 Teudo corrió al rumor despavorido,  
 Y tú tambien, temiendo al hado crudo;  
 ¿Y cuál los dos hallasteis á tu amante?  
 ¿Qué os dijo su actitud y su semblante?

## XV

Sobre el mármereo pavimento helado  
 De un oscuro salon tendido estaba;  
 El acero á mitad desenvainado  
 Con mano incierta y trémula empuñaba;  
 Con débil voz de pecho acongojado  
 Hondo quejido apénas arrojaba:  
 Llegasteis, y le alzasteis, y al momento  
 Huyó, sin conocerte, á su aposento.

## XVI

¿Qué pudo horrorizarle de tal suerte?—  
 Nadie en palacio penetrado había.  
 ¿Las alas del arcángel de la muerte  
 Volar en torno de su frente oiría?  
 ¿Soñó que estaba á punto de perderte?  
 ¿Qué enemigos temió su fantasía?—  
 Ni él lo dijo, ni nadie ha sospechado  
 Qué asombro le condujo á tal estado.

## XVII

¿Quién los abismos sondear consigue  
 De un pecho donde hierven las pasiones,  
 Cuando el rigor del cielo le persigue,  
 Y le aterra con negras ilusiones?...  
 ¿Y es por ventura extraño que atosigue  
 A los contaminados corazones  
 Roedor remordimiento, noche y día,  
 Con cuantas sombras el espanto cria?

## XVIII

Entre ellas vive el infeliz monarca,  
 Y entre ellas los infames cortesanos;  
 Y de Toledo habitan la comarca,  
 Y corren á los pueblos mas lejanos:  
 Que en cuanto el cetro de Rodrigo abarca,  
 Los avisos del cielo soberanos  
 Claros indicios dan de estar vecina  
 Al imperio español grandre ruina.

## XIX

Brama la guerra; el son de los clarines,  
 Gran tiempo no escuchando, el armamento  
 Manda, y de Hesperia á los remotos fines  
 Llega en las alas rápidas del viento;  
 Y aunque esparce el asombro en los confines  
 Del imperio español, bastardo aliento,  
 Que siempre el gran peligro inspira á todos,  
 Las armas empuñar hace á los godos.

## XX

Don Opas el traidor, que de concierto  
 Con el pérfido conde está, procura  
 Aumentar el terror y el desconcierto,  
 Para ver su venganza mas segura;  
 Y por si acaso en la nacion despierto  
 Del antiguo valor un resto aun dura,  
 Que sus inicuos planes contradiga,  
 Sagaz en prevenirlo se fatiga.

## XXI

Astuto sus tesoros prodigando,  
 El número acrecienta de parciales,  
 Y fingiendo valor, y aparentando  
 La palma merecer de los leales;  
 Arma copiosa hueste y grueso bando,  
 Y trueca las insignias patriarcales  
 Por el arnes, nombrándose altanero  
 De altar y trono el defensor primero.

## XXII

Campo marcial, no corte, es ya Toledo;  
 Todo es armas, penachos y pendones;  
 Que el vicio torpe y vergonzoso miedo  
 De honra y valor usurpan los blasones;  
 Y aunque el arnes no basta á dar denuedo,  
 Al vestirle los góticos varones  
 Hácense jactanciosos é insolentes,  
 Juzgándose invencibles y valientes. (6)

## XXIII

Mas como suele en abrasado monte,  
 Do altos cedros, arbustos, flores, grama,  
 De humo y terror cubriendo el horizonte,  
 Tragó voraz la asoladora llama;  
 Algun roble encontrarse, que aun remonte  
 (Bien que tostado y pobre de hoja y rama)  
 La copa al viento; así en España había  
 Tal cual varon con honra y valentía.

## XXIV

Aunque pocos, las armas empuñaron,  
 Y en patriotismo y en virtud ardiendo,  
 Con lo mejor que en torno de sí hallaron,  
 Pequeñísima hueste componiendo,  
 A la defensa intrépidos volaron,  
 A la patria sus vidas ofreciendo ;  
 Mas, oh dolor ! su esfuerzo y noble saña  
 No son bastantes á salvar á España.

## XXV

¡ Ay del peñasco, que en la excelsa cima  
 Socava el agua y saca de sus quicios !  
 Estorbo no hallará que lo redima  
 De bajar á los hondos precipicios.  
 ¡ Ay del estado, cuyas basas lima  
 El corroedor halago de los vicios !  
 De pocos la virtud no lo sostiene,  
 Si al exterminio despeñado viene.

## XXVI

—Entre tanto el valiente sarraceno  
 Tala del Bétis la apacible tierra,  
 Sin encontrar á sus furiosos freno  
 En altos muros, ni en fragosa sierra ;  
 Y yerto deja su contorno ameno,  
 Sembrando muerte, y orfandad, y guerra ;  
 Y hasta las torres de Híspalis famosa  
 Temen la servidumbre desastrosa.

## XXVII

Tadmiro en ellas refugiado clama,  
 Varios mensajes al monarca envía,  
 Diciendo, que cual suele en mies la llama,  
 El bárbaro africano se extendía ;  
 Y el socorro urgentísimo reclama,  
 A la corte culpando de tardía.  
 Mueven por fin sus ruegos á Rodrigo,  
 Y dispone marchar al enemigo.

## XXVIII

Ya con Favila de las huestes parte  
 A los bélicos campos se dirige :  
 En pos agita el viento el estandarte  
 Que con intento vil don Opas rige :  
 Entre ilustres caudillos se reparte  
 La fuerza goda, y lo florido elige  
 El rey para su escolta, guardia y mando,  
 Grave escuadron de próceres formando.

## XXIX

Tiembla Florinda al acercarse el día  
 De ausentarse su amor, porque en su idea  
 Presentimiento triste la advertía  
 De cuál la suerte que le aguarda, sea.  
 Sabe ya que su padre conducía  
 De enemigos la bárbara ralea ;  
 Y de tan negro crimen, que la asombra,  
 Causa fatal, y con razon, se nombra.

## XXX

Y, "Si yo origen soy de tantos males,  
 "Y de tantos delitos, infelice!  
 "¡Por que las justas iras celestiales  
 "En mí tan solo no descargan?" dice,  
 Y demudan su rostro las señales  
 Del despecho, y frenética maldice  
 El punto aciago en que miró á Rodrigo,  
 A quien mas ama, por mayor castigo.

## XXXI

Ya en su delirio vencedoras mira  
 Las góticas banderas, y pendiente  
 De afrentoso cadalso cuál espira  
 El padre, por su causa delincuente:  
 Ya al sarraceno, respirando ira,  
 De roja sangre abriendo ancho torrente  
 En crudo encuentro, arrebatar triunfante  
 Corona y vida á su adorado amante.

## XXXII

Otras veces terrible le presenta  
 Su atormentada y loca fantasía  
 Al padre y al amante, que en sangrienta  
 Lid se acometen con fiera impía:  
 En lucha tan fatal, ¿ á quién intenta  
 Ayudar la infeliz? ¿ por cuál envía  
 Su voto al cielo? De las dos ¿ qué espada  
 De funesto laurel querrá adornada?

## XXXIII

Entre las dos la mísera encontrarse  
 Solo es justo que anhele, y el acero  
 De la una, y otra con furor cebarse  
 Ver en su insano corazon primero;  
 Y ansiando á las batallas arrojarse,  
 Pide deshecha en lloro lastimero  
 A su amante, á su rey, que para escudo,  
 Consigo la conduzca al trance crudo.

## XXXIV

Pero el monarca, que en el alma lleva  
 Presagios de exterminio y vencimiento,  
 Y en su interior desmayo clara prueba  
 De que apuró de Dios el sufrimiento;  
 Aunque jamas á contrariar se atreva  
 De su amor ni el mas leve pensamiento;  
 ¿ Cómo podrá, ó Florinda, complacerte,  
 Llevándote á los campos de la muerte?

## XXXV

Ya el sol anuncia el azaroso dia  
 De la separacion: las trompas suenan,  
 Y la bélica turba y gritería  
 Calles y plazas de Toledo llenan.  
 Relinchando con noble lozania,  
 Potros, que en vano halagan ó refrenan,  
 Con corvetas y saltos desiguales  
 Encienden los hollados pedernales.

## XXXVI

Huestes y numerosos guerrreadores  
 Que al rey ayuden en tan grave empresa,  
 Presentante ciudades y señores  
 De las ricas-comarcas que atraviesa.  
 Así los rios hácese mayores,  
 Y su caudal en el camino engruesa  
 Con los arroyos, venas y torrentes,  
 Que les dan sus raudales transparentes.

## XXXVII

Altivo ya el monarca y orgulloso  
 De ver tantas banderas á su mando,  
 Los montes Marianos presuroso  
 Pasa, del Bétis la masion hollando:  
 Del Bétis, que risueño y caudaloso  
 Lo mejor de la España fecundando,  
 Besa la regia planta, y le saluda,  
 Y á sus hijos convoca á darle ayuda.

## XXXVIII

Ya el regio carro rápido pasea  
 Los campos encantados y verjeles.  
 De Turdetania, do Favonio ondea  
 Selvas de olivos, bosques de laureles;  
 Do jamas reina invierno, donde emplea  
 Eternamente Flora sus pinceles;  
 Donde el azahar las auras embalsama,  
 Y altísimos ingenios Febo inflama.

## XXXIX

Al fin Híspalis clara en sí recibe  
 Al monarca y ejército potente,  
 Y con apoyo tal torna y revive  
 De su terror al áfrico inclemente:  
 A sus valientes junta, y apercibe  
 Armas, caballos, y tesoro, y gente,  
 Mirando, del peligro ya olvidada,  
 A la tierra, al infierno, al cielo en nada.

## XL

A marchar contra el bárbaro agareno  
 Se preparaba el godo poderío,  
 Cuando el contorno de Híspalis ameno,  
 Tembló, y la márgen del hercúleo rio,  
 Porque parte del campo sarraceno  
 Se acerca á provocar el desafío,  
 Sangre, y terror, y esclavitud sembrando,  
 Al ejército hispano despreciando.

## XLI

Vense desde los altos torreones  
 Olivares arder, pueblos, pensiles,  
 Y entre el humo los árabes pendones,  
 Y óyense llantos, voces, añafiles.  
 Huyen abandonando sus mansiones,  
 Sus riquezas, sus huertas, sus rediles,  
 Las miseras familias y ganados,  
 De Híspalis á los muros asombrados.

## XLII

Tal, cuando por diciembre turbio brama  
 Guadalquivir, y la limosa orilla  
 Rompiendo, en la ancha vega se derrama,  
 Y el mas erguido alcor vence y humilla ;  
 Desde los mismos muros, (que alta fama,  
 No ya poder, conservan) gran Sevilla,  
 Pálidos vi buscar refugio en ellos  
 A cuantos moran tus contornos bellos.

## XLIII

—La afrenta el godó rey conoce y siente,  
 De que no todo el grueso mahometano,  
 Sino pequeña parte osada intente  
 Correr, ante su vista, monte y llano.  
 De purpúreo rubor tiñó la frente ;  
 Que el desprecio es dogal de un soberano,  
 Y resuelve salir á dar castigo  
 A la audacia del bárbaro enemigo.

## XLIV

De los buenos y honrados caballeros  
 Junta el corto escuadron ; que en grande apuro,  
 No viles cortesanos lisonjeros  
 Busca un monarca para estar seguro :  
 Y á encontrar á los árabes guerreros,  
 Pasa el rastrillo del hispalio muro,  
 Pues desaliento entre sus godos mira,  
 Y á entusiasmarlos con su ejemplo aspira.

## XLV

De Tablada en los llanos espaciosos,  
 Que por la márgen bética se extienden,  
 Halla á los agarenos orgullosos,  
 Que al verse acometidos se sorprenden,  
 Mas no dejan la presa ; valerosos  
 A defenderla impávidos atienden,  
 Y al pequeño escuadron cargan feroces,  
 Con duras armas y tremendas voces.

## XLVI

Trábase cruda lid, cuando aparece,  
 Cual precursor del rayo en la tormenta  
 Relámpago que ardiendo resplandece,  
 Y el mundo asombro y confusion aumenta,  
 El conde fiero. A su presencia crece  
 De ambas partes la cólera sangrienta ;  
 Pero el del rostro la visera alzando,  
 Con tronadora voz dijo gritando :

## XLVII

“Pues, cual nunca esperé, tienes, Rodrigo,  
 Fuerza y valor para esgrimir la espada ;  
 Ven á batalla singular conmigo,  
 Y la lid se suspenda comenzada.  
 Ven de mi brazo á recibir castigo....  
 O ya que mi honra tienes mancillada,  
 Y por ti mi virtud yace en el lodo,  
 Quita la vida, á quien quitaste todo.”—

## XLVIII

Calló, y á su señal el sarraceno  
 Deja la lid y á un lado se retira.  
 Al pronto queda el rey de asombro lleno,  
 Mas la voz del honor lo torna en ira.  
 Pone al valor de sus vasallos freno :  
 La lanza arroja, de la espada tira,  
 Y así gritando, con la espuela aflige  
 El corcel, y acia el conde se dirige :

## XLIX

“ Aunque al infame golpe del verdugo  
 Debe un traidor morir, ya que ponerte  
 Entre mis manos á los cielos plugo,  
 “ Tendrás, sin merecerla, honrada muerte.”  
 Dijo ; y dos bravos toros que aun al yugo  
 Su furia no rindieron, de la suerte  
 Que el conde furibundo y el monarca,  
 El Tórmes ve lidiar en su comarca.

## LX

En despecho y venganza el conde arde,  
 Y aunque al ocaso de la edad se inclina,  
 Sin peligro encontrar que le acobarde,  
 Ni un punto en fuerzas ni en valor declina.  
 De pasadas hazañas hace alarde,  
 Cual de antiguos trofeos parda encina :  
 Parece escollo de templado acero,  
 Y osténtase fortísimo guerrero.

## LI

Vergüenza, orgullo, juventud lozana  
 El alma encienden del monarca goda :  
 Desde los muros de Híspalis cercana,  
 Que le contempla ve su reino todo ;  
 Y que de un vil traidor la furia insana  
 Es quien osa ultrajarle de tal modo :  
 Y parece el valor que altivo ostenta,  
 Laurel despreciador de la tormenta.

## LII

Varias veces bramando se embistieron,  
 Sin encontrar en su furor ventaja :  
 Peligrosos fendientes repitieron  
 Y agudos golpes con la punta baja.  
 De sudor los caballos se cubrieron,  
 Alzando espuma y ardorosa braja,  
 Y al fin entre la gola y el almete  
 Del conde, el rey la tersa espada mete.

## LIII

Y cuando herido don Julian se mira,  
 Aunque leve fué el daño, en su hondo pecho,  
 Gimió, y ardiendo en espantosa ira,  
 Redoblando sus fuerzas el despecho ;  
 Un golpe, y otro, y mil furioso tira  
 Sobre el yelmo real, y á largo trecho  
 El penacho y corona al aire saltan,  
 Y el duro suelo con su brillo esmaltan.

## LIV

Pierde aliento Rodrigo: el conde fiero,  
 Al ver que el regio casco firme pudo  
 Burlar el filo del tajante acero  
 Y de su brazo el ímpetu sañudo;  
 La espada cual diestrisimo guerrero  
 Soltó, la maza enarboló forzado,  
 Y aunque el yelmo á su golpe se sostiene,  
 A su golpe el monarca á tierra viene.

## LV

A arrojarse sobre él precipitado  
 Va el conde, y á dar fin á la contienda,  
 Cuando de pronto un caballero armado,  
 Que desde Hispalis viene á toda rienda,  
 De broquel prevenido, y sin que al lado  
 Lanza descuelle ó cimitarra penda,  
 Y cuyo rostro la visera esconde,  
 Lánzase entre Rodrigo y entre el conde.

## LVI

Este, que á su victoria estorbos halla,  
 Y quien se atreva á su furor, no advierte  
 Que viene sin estoque á la batalla  
 Aquel soldado; y respirando muerte,  
 La maza esgrime, á cuyo golpe estalla  
 (Que no es como el del rey templado y fuerte)  
 El yelmo, y rotos el encaje y lazos,  
 Casco y visera saltan en pedazos.

## LVII

Y queda, oh confusion! queda patente  
 De Florinda infeliz el rostro bello;  
 Y de gallardos rizos el torrente  
 Los hombros cubre y el armado cuello.  
 Yelo y mortal palor muestra su frente,  
 De desesperacion terrible sello,  
 Y con agudo acento *Padre!* grita,  
 Y al suelo cabe el rey se precipita.

## LVIII

Don Julian, sorpreso, horrorizado,  
 Un alarido arroja, vuelve el freno,  
 Y huye, cual si se viera fulminado  
 De ardiente nube al retumbar el trueno.  
 Con su imprevista fuga amedrentado,  
 El escuadron le sigue sarraceno:  
 Quedan confusos los guerreros godos,  
 Y á la dama y al rey acuden todos.

## LIX

Los pechos solo, donde amor reinando  
 El gran poder ostenta de su llama,  
 Que las celestes iras despreciando  
 Entre infortunio y crímenes se inflama;  
 La emocion que Rodrigo probó, cuando  
 Tornó á la vida en brazos de su dama,  
 Lograrán conocer: pintarla excede  
 Al poder que á mi labio se concede.

## LX

Y cuál entre dulcísimas caricias,  
De amargura mezcladas y de lloro,  
Y entre atroces tormentos y delicias,  
(Que tal contraste es del amor tesoro)  
A tu amador atónito noticias,  
Cómo á Toledo y sus salones de oro,  
Mujer apasionada, abandonaste,  
Y de él en pos venir perdida osaste;

## LXI

Y cómo tu belleza encantadora  
De Marte con las galas escondiste,  
Y sin temer la guerra asoladora  
A arrostrar su peligro audaz corriste;  
Y cómo al ver la saña vengadora  
De tu padre cruel te estremeciste,  
Y entre tu amante y él fuiste muralla,  
Término dando á la feroz batalla;

## LXII

Quede en su punto aquí, pues que mi acento  
De intentar describirlo humilde cede:  
Tanta fineza de amoroso aliento  
Solo sentirse, y no pintarse puede.  
Almas á quien el alto firmamento  
De la ternura el don fatal concede,  
Juzgád, ay! lo que pasa en dos amantes  
Puestos en circunstancias semejantes.

## LXIII

Mas dejemos de amor el eco blando,  
Que la trompa guerrera el viento llena,  
Los cristianos pendones convocando  
Y las haces hispánicas ordena;  
Y ya la márgen bética dejando,  
A buscar á la turba sarracena  
Marchan, y á decidir de fuerte á fuerte  
En un combate la española suerte.

## LXIV

De escuadras la confusa muchedumbre  
Campos inunda, y montes, y riberas;  
El polvo roba al sol su clara lumbre;  
Llenan el viento lanzas y banderas.  
Retumba el llano y la fragosa cumbre,  
Y el ronco estruendo de las armas fieras,  
De relinchos, de trompas y atabales,  
A las bóvedas cunde celestiales.

## LXV

Rodrigo, aunque abatida siente el alma,  
Y poco en tanta multitud confía,  
Y que ya de perder el cetro y palma  
Cercano teme el desastroso día;  
Aparentando del valor la calma,  
Acia el campo fatal las haces guía,  
Llevando á su Florinda hermosa al lado,  
No ya encubierta en traje de soldado.